





Título de la obra:
Comunión

Autor:
David Londoño Mesa

Técnica:
Digital



ANA MARÍA
ARAÚJO

*Doctora en Filosofía,
Universidad Angelicum, Roma.
Especialista en Educación y
Asesoría Familiar,
Universidad de La Sabana, Bogotá.*

REFLEXIONES SOBRE EL AMOR CONYUGAL

Bogotá, junio de 2015





1. Amor

Una de las palabras más apreciadas en la historia de la humanidad es la palabra *amor*. Cuatro letras plenas de significado que han llevado a las más grandes hazañas y, curiosamente, también a terribles vilezas —cuando falta o es traicionado—, que han servido para escribir los más bellos poemas o las más tristes canciones.

El término *amor* tiene diversas acepciones, lo que nos lleva a intentar una aproximación a sus significados y a dilucidar si hay algo común entre ellos. Se ha escrito tanto sobre él (en casi toda la literatura, poesía, novelas, en las mejores canciones, en filosofía, en teología)

que sería una empresa de la vida misma intentar conocer y recoger todo lo pensado, lo trovado, lo soñado. Por esta razón me limitaré en el presente artículo a señalar algunas características generales de todo amor y, en particular, del amor conyugal, y a revisar algunas características de éste en la vida. Para ello, acudiré a algunos autores que han iluminado mi propia comprensión del tema y que aspiro me ayuden en este cometido. Ellos son, desde la filosofía, el viejo Aristóteles, que no pude faltar, y autores de nuestros días como Gustave Thibon, Josef Pieper, Ortega y Gasset, Julián Marías y C. S. Lewis. Desde el mundo psicológico, me acercaré al tema con Aquilino Polaino, Enrique Rojas y Aaron Beck.

Como siempre, es prudente ir al viejo maestro griego, quien tiene algo importante que decir sobre casi todo. En la *Ética a Nicómaco*, después de haber hecho un largo viaje en busca de la felicidad, de aquellas cosas que la pueden hacer más estable y proponer el camino de la virtud como el más acertado para lograrla, se adentra por el camino de la *amistad*. Se detiene en las relaciones humanas y dice que la amistad o bien es una virtud o es la suma de todas ellas. No podría dejar este asunto de lado, ya que precisamente la condición social humana exige una correcta relación con sus congéneres (Libro VIII, pp.122 ss.).

Plantea la existencia de tres tipos de amistad y unas condiciones para que se pueda dar. El primer tipo corresponde a aquellas relaciones en las cuales prima el placer de la compañía, de aquello agradable que los amigos se proporcionan y viven juntamente. Esa es la amistad en la que la concupiscencia es el centro. Pienso hoy en tantas personas —jóvenes o no, aunque decía el Estagirita que es más propia de los jóvenes— que comparten la rumba, la fiesta, hasta el desenfreno y pasados esos momentos no tienen ninguna otra cosa que les una. Son amistades circunstanciales, lo cual no quiere decir que no sean amistades, sino que existen y funcionan mientras esa característica que les une sigue vigente. Son conocidos los casos en los que, entre amigos de parranda, si uno de ellos decide dejar de tomar resulta excluido de cualquier tipo de relación. Dejó de existir lo que les unía y es probable que esto le cause gran dolor a quien cambió de hábitos, porque había pensado que sus amigos lo serían “en las malas y en las buenas”.



Otro tipo de amistad, que señala el filósofo griego, es la basada en la utilidad: mientras dure aquello que les unía —de índole distinta a la concupiscencia—, por ejemplo un proyecto empresarial o el logro de un mayor prestigio social o nivel económico, esta se comporta de manera parecida a la primera cuando lo que les unía o necesitaban termina. Estas dos clases de amistad tienen en común que la persona, en cuanto tal, no es la fuente de unión, lo son los beneficios que de ella se obtienen. Se basan, entonces, más en un proyecto pasajero que en el aprecio y el compromiso sincero con el bien del otro.

Aquí cobra importancia el tercer tipo de amistad al que se refiere Aristóteles: el amor de benevolencia, querer bien al otro, querer su bien. El filósofo señala la reciprocidad como una de las características necesarias para que haya amistad. Un amor personal sin correspondencia sería más bien filantropía, solidaridad, porque no constituye propiamente una relación. Cuando dos personas buscan el bien, son virtuosas, y además cada uno busca el bien del otro, se constituye una amistad en la cual las personas amadas son el centro y no el propio yo, que se aprovecha del otro o de las circunstancias cambiantes, como suele ocurrir en las amistades basadas en la concupiscencia o en la utilidad. Conviene señalar que tanto el pasarlo bien, disfrutar de la mutua compañía, como el favorecerse y ayudarse, no constituyen en sí una imperfección; lo que la constituye es que la persona no reconociera el ser del otro como lo más importante —que no quisiera su bien— y estuviera con el otro únicamente en cuanto le proporcionara placer o utilidad. Quien quiere el bien del otro, quiere bien al otro, y al buscar el bien del amado también es feliz.

Cabe distinguir entre buscar y obtener, pues una cosa es ir ansiosamente buscando placer y utilidad, y otra cosa es obtenerlos como regalo, como un excedente, un don no buscado y, sin embargo, obtenido a través de la entrega cotidiana. Esto es así cuando ambos están empeñados en esa misma actitud, es el talante ideal en el matrimonio y en la amistad. Si todos tuvieran una actitud benevolente hacia la humanidad no harían falta las leyes, porque nadie se haría daño, todo el mundo estaría permanentemente buscando el bien ajeno, no habría lesionados ni agredidos, sería una sociedad ideal.

2. Características y rasgos peculiares

2.1. Afecto

Todo lo anterior tiene que ver con el afecto, que es ese tender naturalmente hacia quien nos resulta amable, simpático. Creo que si bien se parece al amor de concupiscencia, solo se asemejarían en lo que tiene que ver con compartir las actividades placenteras. Pero el afecto va mucho más allá. En *Los cuatro amores*, C. S. Lewis se refiere al afecto así:

El afecto, además de ser un amor en sí mismo, puede formar parte de los otros amores, infundirles su tonalidad y transformarse en el medio en el cual cotidianamente operan. Quizá sin él no se conservarían muy bien. Hacerse de un amigo no es lo mismo que desarrollar un afecto. Pero cuando nuestro amigo ha llegado a ser un viejo amigo, todas esas cosas que le son propias y que en un principio nada tenían que ver con la amistad se nos hacen familiares y queridas con familiaridad (2001, p.45).

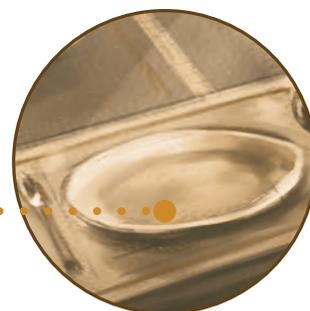
En el caso del amor familiar, conyugal, fraterno, filial, etc., resulta central este modo habitual, este “recipiente” de cariño y aceptación gozosa en el cual se mueven las relaciones. Imaginemos una familia en la cual se vive estrictamente la justicia, ese dar a cada uno lo que le es debido: alimentos, educación, salud, etc., pero sin un genuino interés por el estado del otro de modo afable... daría la impresión de lejanía, algo parecido a un funcionario que

fríamente cumple con su deber, sin involucrarse personalmente con aquellos hacia quienes ejerce justicia. El amor va más allá, consiste en un dar y recibir poniendo al otro en el centro, buscando lo mejor de modo constante, aceptándolo como es y buscando el bien. Sobre el dar amoroso precisa Lewis:

pero la finalidad recta de dar es poner a quien recibe en una condición tal donde ya no necesite nuestro don. Alimentamos a los niños para que pronto sean capaces de alimentarse por sí mismos; les enseñamos para que pronto no necesiten nuestras enseñanzas (2001, p.63).

Queda aquí señalado otro rasgo del amor familiar: su finalidad no es la posesión del otro, que sea “para mí”, sino que sea “en sí” y que desde su propio ser pueda ser “para otros”.

Resulta difícil comprender lo que supone ser para los demás en una sociedad individualista como la nuestra, que pretende encontrar un amor desvinculado, que satisfaga y no genere compromisos, porque ellos nos modifican. Lewis parece estar refiriéndose a esto mismo, con su peculiar ironía, en el siguiente fragmento:



Amar es ser vulnerable. Sea lo que sea lo que amemos, con toda seguridad se nos estrujará el corazón, y posiblemente se nos romperá. Si queremos asegurarnos de mantenerlo intacto, no debemos entregárselo a nadie, ni siquiera a un animal. Arrebujémoslo cuidadosamente entre pasatiempos y pequeños lujos; evitemos todas las complicaciones; mantengámoslo a salvo encerrado en el cofre seguro, oscuro, inmóvil, irrompible, impenetrable, irredimible. La alternativa a la tragedia —o, al menos, al riesgo de la tragedia— es la condenación. El único lugar fuera del Cielo donde se puede estar perfectamente a salvo de todos los peligros y perturbaciones del amor es el Infierno (2001, p.147).

Porque allí no se ama, no existe esa “curiosa” situación en la que uno se niega a sí mismo por el bien del otro. Pensemos, por un momento, en el amor de una madre. Creo que todos hemos experimentado el cuidado abnegado de esa mujer capaz de pasar una y otra noche en vela al lado de la cama de un hijo enfermo, sin una queja, sin preocuparse de su descanso o de si tiene hambre, sin más alimento que ver a su hijo y acompañarle. Quien no lo entienda, quien no lo haya vivido, supondrá que tener hijos que harán sufrir con sus enfermedades, o en situaciones más cotidianas, con sus desplantes y berrinches, no vale la pena, porque se sufrirá. Esos tales indudablemente eliminan de sus vidas esos sufrimientos, pero con ellos también las alegrías que conlleva ver crecer a los hijos, hacerse personas capaces de responder por sí mismas y por otros, útiles a la sociedad. Y eso qué me aporta a mí, dirán algunos, solo se me ocurre decir que fuera de la felicidad, nada más... ni nada menos. Pero es cierto, amar conlleva dolor.

2.2. Instalación

Tal vez el profesor Julián Marías nos ayude a esclarecer estas realidades. En su ensayo *La obra de Unamuno* señala:

Estar enamorado no significa tener unos determinados sentimientos referentes a otra persona. Es una determinación ontológica. En el ser mismo de la persona que ama va incluida la persona amada en cuanto tal, es decir, en ese modo concreto del amor [...]. La persona amada forma rigurosamente parte de la vida del que ama, como un momento de su constitución ontológica, y sin ella, no se la puede entender. La persona enamorada, no se agota en sí misma, sino que trasciende e incluye a otra; y esta es una esencial posibilidad ontológica del hombre (1960, pp.319-320).

Cuando se ama así, se ama a la persona como un ser íntegro a cuya existencia me he ligado desde el momento en que la amo y para siempre. No es solamente un asunto de sentimientos amorosos con los cuales yo me siento encantado. Aunque los incluye, es mucho más, es saber que la realidad que yo soy está instalada en el ser del amado. Podríamos decir que mi ser requiere del ser del otro: sin él, sin ella, no soy, y viceversa. Ese amor entonces otorga sentido y plenitud a la propia vida. Por ello,

el amor —lo que es en verdad el amor— no se refiere a las cualidades, a los actos, mucho menos a los sentimientos de la persona amada, sino a su existencia [...]. Y por eso también es posible que sobreviva a la persona amada, y entonces ésta pasa a formar parte del ser que ama en el modo concreto de la privación (1960, p.320).

El amado entonces pervive en nosotros bajo la forma de la privación, de los recuerdos, de la vida compartida, de lo construido conjuntamente, de sus enseñanzas. Los creyentes tenemos además esa certeza del encuentro allende esta vida, de podernos comunicar de una manera nueva, más permanente, y de poder contar con su intercesión ante Dios.

Marías afirma que

cuando se está instalado en el amor, desde él se hacen muchas cosas, una de ellas amar. Esto lo expresa admirablemente nuestra lengua —y otras, pero no todas— con las palabras ‘enamorar-se’, ‘enamorado’, ‘enamora-miento’, en todas las cuales aparece reveladoramente el ‘en’ que indica la instalación (1973, pp.196-197).

Este autor distingue además dos momentos en el enamoramiento: el primero se refiere al proceso por el cual llegamos a enamorarnos, y el segundo se refiere al estado o situación de quien está enamorado; es a este segundo al cual se refiere con el concepto de instalación, se está en-amor. El inglés utiliza un vocablo muy preciso: *in love*, en, dentro.

De ahí que el verdadero amor no se pueda dirigir a algunos de los componentes del ser, dejando de lado la totalidad. Cuando se hace sobrevienen los “fracasos” amorosos y conyugales,

“
Cuando
se ama,
el amor
aparece en
la propia
vida
con un
carácter de
obligatoriedad...”

”

los desencantos, consecuencia del retirarse del compromiso que conlleva el matrimonio: buscar el bien del otro, la apertura a la vida y la crianza de los hijos, situaciones a las que dolorosamente estamos asistiendo en gran número en los últimos años. Esto es así porque si se toma como objeto del amor lo agradable, la belleza, lo que aparece a mis sentidos, lo que colma mis necesidades, lo que apela a mi afectividad o atrae mi condición sexuada, o aún aspectos más íntimos, como sus conocimientos o sus principios, o su capacidad de acompañarme, su modo de ser, pero tomados aisladamente y no como integrantes de una totalidad amada en la que también caben otros aspectos, a veces menos agradables, como defectos del carácter, o se patentizan carencias que en un primer momento se ignoraban, o porque

la salud y la belleza escasean... entonces, sobreviene la desilusión, a veces bajo la acusación del engaño: él/ ella me engañó, mostraba una cara amable cuando en realidad era un energúmeno, un interesado, etc.

Cuando se ama, el amor aparece en la propia vida con un carácter de obligatoriedad: sin ella, sin él, sin los hijos, sin los padres, sin los amigos... la propia vida no tendría sentido. En este orden de ideas, los hombres necesitamos a las personas, en un sentido más hondo que a otros seres. Es particularmente significativa la necesidad de alguien que no está simplemente

ahí, dado, como si fuera una cosa, sino que es un ser personal, dinámico, vivo, esa necesidad adquiere un carácter biográfico, histórico con el poder de modificar la propia vida. A esto alude Marías con una expresión muy gráfica: la propia vida co-implica la vida del otro, el amor nos complica la vida.

Por su naturaleza, insistimos, el amor compromete a la persona en su integridad. Cabe aquí recordar la expresión de Josef Pieper cuando afirma que amar es decir a la persona amada “qué bien que tú existas”, “qué maravilla que tú existas” (1972, p.45). Se ama el ser mismo de la persona, su existencia, con todo lo que esa persona lleva consigo: cualidades, logros, posibilidades, modo de ser, defectos, fracasos, etc. Pieper puntualiza que “el ‘existir’ no significa simplemente un estático subsistir, sino la presencia dentro de una corriente en marcha y seguir en ella” (1972, p.76). Cuando no se ama así, no se ama incondicionalmente, se ha dejado de lado el ser personal para focalizarse en alguna o algunas de sus cualidades, belleza, carácter... entonces no se toleran los defectos, se pretende cambiar al otro; el proyecto común se ve amenazado y fácilmente se viene a pique. No se ha aceptado el hecho de que, por ser personas, somos perfectibles, falibles, precarios, y al patentizarse esta realidad sobreviene la desilusión, el fracaso, que de alguna manera estaba incoado desde el principio.



2. 3. Enamoramiento

Nos ocuparemos ahora del enamoramiento. Este se ha confundido con un sentimiento o con una pasión, tal vez con una reacción, con un acto puro de la voluntad. Y aunque tanto los movimientos afectivos como voluntarios hacen parte de él, no lo engloban en su totalidad. Se refieren en principio a que la búsqueda del otro está motivada principalmente por el vector del placer que ocasiona su compañía, sin estar dispuestos a dar o a comprometerse vitalmente. Esto constituye un irrespeto al otro, porque lejos de amarle y aceptarle en su ser personal, se le utiliza como satisfactor. Hay otro modo de *usar* al otro, que ha señalado el Estagirita: el amor por utilidad, el de concupiscencia, que termina cuando la compañía del otro deja de constituir un placer por múltiples circunstancias.

Cuando se ama de esta manera, el amado entra a formar parte de la vida del enamorado, porque el amor es una forma de instalación personal, desde la cual cada uno se proyecta hacia el otro, cada uno es el proyecto para el otro y por eso modifica la vida de cada uno coimplicándose mutuamente. Por eso podemos afirmar que el amor es una ampliación de la vida, de manera profunda, con carácter totalizante. La existencia misma del enamorado se “instala” en el amado, que se constituye en un “dónde” en el que el enamorado vive. Un horizonte de sentido necesario. El amante se entrega completamente, dispuesto a dar la vida, si fuera necesario, por el amado. Esta es la máxima donación ontológica, la unión personal con el amado, incluyendo el presente, el ser que soy hoy, construido desde su pasado y proyectado. Dice Julián Marías:



El hombre y la mujer enamorados se necesitan mutuamente para ser cada uno quien es —el yo que cada uno tiene que ser— en cuanto varón y mujer. Mi proyecto incluye a la mujer de quien estoy enamorado. Y la impresión de “eternidad” que el enamoramiento provoca está justificada porque el que ama, aunque sea desde hace poco tiempo, ama ahora desde su realidad de siempre, y siente que tiene que ser, igualmente, para siempre. Si estoy constituido por el amor a una mujer, es contradictorio no amarla, ya que el enamorado es el que ama a tal mujer (1982, p.192).

El filósofo español considera que el estar orientado hacia otra persona constituye una vocación personal. Ante la persona que llama, ante la llamada amorosa, quien responde afirmativamente dice sí al amado y se dice sí a sí mismo, el enamoramiento es una forma radical de vocación:

De ahí que el enamoramiento auténtico se presente, a la vez como inevitable e irrenunciable, y en esa medida es al mismo tiempo destino —tremendo como todo destino— y felicidad. Se dirá: si ese amor es feliz. Creo que no, que es felicidad en todo caso: el enamorado, aún el más des-

graciado, da su amor por bien empleado, nunca aceptaría su inexistencia. No trocaría su sufrimiento por la calma y alegría que sin ese amor pudiera tener. Le dice incondicionalmente sí, porque otra cosa sería decirse no a sí mismo (1982, p.193).

Esto recuerda el verso de Machado: “nadie elige su amor”. La vocación no se elige, pero uno sí elige serle fiel o no. De ahí que el fracaso amoroso sea tan trágico, ese ser que se ha entregado por entero y que consideraba al otro digno de su amor se enfrenta a la dolorosa realidad de que *no fue así*, se entiende la desubicación biográfica a la que se enfrenta quien ha sido traicionado, su proyecto, sus sueños, sus años de vida y su entrega aparecen vacuos, irrespetados y con ello el propio ser sufre el desarraigo.

Es pertinente aclarar que Marías en ningún momento considera que el enamoramiento sea el proyecto esencial de la vida. Si fuese así, sería un llamado universal, a todos los hombres y mujeres. Es una instalación y una vocación que “sobreviene a la unitaria instalación humana” (1973, p.201). Y quien descubre esta vocación aprecia su envergadura en la propia vida. Sin embargo, amar sí constituye un modo particular de vivir que lleva a una plenitud personal y social.

3. Elementos del amor conyugal

El amor heterosexual tiene lógicamente una estructura también corporal, se ama a la persona completa, con un cuerpo determinado. Hay que distinguir entre amar a alguien con su cuerpo y amar, en el sentido de desear, el cuerpo como tal. En el primer caso estaríamos ante un amor y en el segundo ante un deseo sin más. El contenido específicamente sexual es, por supuesto, un ingrediente del amor conyugal, capaz de convertirse en un amor sentido y comprometido, vinculado.

El deseo es un ingrediente necesario pero no exclusivo, es decir, lejos de que el amor consista en la sexualidad, ésta es un elemento de la realidad amorosa que precisamente patentiza el llamado a la generación, a la fecundidad. La atracción entre el hombre y la mujer es elemental, básica, lo que ha llevado a que algunos la simplifiquen y desliguen de lo decisivo. Y es que ese atractivo pertenece a una persona real, concreta, biográfica, enmarcada en el llamado a dar la vida a través de su unión. Por ello, conviene que el uso de la facultad generativa en los enamorados ocurra en un marco de estabilidad en el que las nuevas vidas encuentren el nido apropiado para su cuidado y desarrollo. No todo deseo es cosificación del otro. La atracción sexual, cuando es un ingrediente del amor personal, es necesaria, Ortega, usando una metáfora marina, dijo que es “como el viento en las velas”, facilita el movimiento de todo el velero, pero no es el velero, al cual también se le puede mover de otras maneras.

La atracción es el sentirse encantados por una persona, inicialmente por una cara a través de la cual aparece la persona. El rostro,

sin ser sexual es máximamente sexuado, en él comparece la persona, nos dice mucho de ella, inclusive y de modo particular su ser femenino o masculino, la cara nos atrae, es inicialmente de ella de la que uno se prenda. La pasión depende fundamentalmente de la corporeidad; de hecho, puede despertarse hacia una persona con la que no se ha cruzado una palabra, de la que no se sabe casi nada, a veces basta con la percepción visual para que se desate. Pero esa pasión es algo que me sobreviene, me pasa, me posee. Es un elemento característico del amor conyugal y que lo diferencia claramente de otros tipos de amor, como pueden ser la filiación, la fraternidad, la amistad, la paternidad, etc.

En el amor conyugal, los esposos precisamente se quieren en tanto que son varón y mujer. Y el acto sexual, mientras no disocie artificialmente el aspecto unitivo y procreativo, favorece el crecimiento de los cónyuges, quienes han de cuidar y conocer las características del otro sexo y de la persona particular para poder elevar esa pasión a amor de donación que busca la felicidad del otro, abierto y potencialmente fecundo. Pero precisamente en la conyugalidad, cuando se ha aceptado el ser personal del amado, la dimensión pasional se inscribe en la totalidad de la vida biográfica. Por ello, la educación sexual no puede ser un simple explicar la mecánica sexual. Mucho más importante, a mi parecer, es entender la riqueza de la persona sexuada, con todo lo que ese ser femenino o masculino aporta y enriquece las relaciones amorosas, dándoles ese halo de misterio, de estar siempre atrayendo, llamando, cuando no se cae en la simpleza de confundir a la persona con su genitalidad o con su capacidad de sentir y producir placer.

Además del componente biológico, es importante el cognoscitivo: los cónyuges han de conocerse en otros aspectos. Es difícil entender una relación íntima con una persona de la que se sabe poco. Entre más factores en común, más posibilidades tendrán para ser felices. Por ello, la comunicación —ese hacer común lo propio— constituye un vehículo indispensable para la felicidad conyugal.

Otro factor necesario en la vida conyugal es la afectividad de la que se habló anteriormente, pero vuelvo a ella en relación específicamente con la conyugalidad. Se dice que juega un papel primordial en la vida de la mujer y, desgraciadamente, a la mayoría de los varones se les hizo creer que ser afectuoso no era varonil. La evidencia del trabajo con familias ha demostrado que es importante para ambos, aunque pueda tomar distintas formas. Parte de ella son el romance, los detalles, que en general son lo más apreciado y esperado. Es posible que lo romántico no tenga los mismos contenidos para ambos sexos, por ello conviene conocer lo que mueve al otro emocionalmente, sabiendo que hace parte de la conquista y de ese rejuvenecer la ilusión. Es difícil de explicar, por ello acudiré a una imagen: la del nevado, esas montañas



de nieves perpetuas. Su visión causa una sensación sobrecogedora, creo que es como el romanticismo dentro del matrimonio, es algo que cuando se da es luminoso, brillante, maravilloso, como esa nieve... y permanece con una condición: que debajo esté la montaña; si no está, la nieve se derrite, se vuelve barro. Terminaría como en una ciudad dos o tres días después de una nevada, un barrizal, pierde su hermosura, no sirve, estorba; la nieve es bella allá, en la cresta, donde puede brillar y cegarnos con su resplandor y permanecer.

En el amor conyugal curiosamente, si el romanticismo aparece cuando no se busca por sí mismo, es un premio que se recibe cuando cada uno está pendiente del bien del otro, cuando son capaces de ver el amor en la cotidianidad. Una acción romántica, si no va sostenida por una vida de cariño, de entrega, de cumplimiento con lo pactado, de comunicación cotidiana, se desvanece y puede ser hasta incómoda. Sonreír cada día, pensar en los demás, afrontar las alegrías y dificultades, pensar qué hacer para que la cotidianidad sea agradable. Si ahí se ha puesto amor y entonces la rutina no entra en el matrimonio, porque, aunque todos los días no caiga la nieve ni brille el sol, es a esa

cita cotidiana a la que acuden cada vez con más amor el detalle, la mirada cómplice, la caricia. Cuando la cotidianidad no resiste el quehacer diario significa que no está buscando el bien del otro, sino solamente el bien propio. El amor conlleva el pacto de construir juntos por amor. Cada enamorado se comprometió a hacer feliz al otro, porque un buen día tomó su futuro sin saber cómo iba a ser: rico, pobre, maravilloso, triste, sano, enfermo, con todas sus posibilidades, lo metió en un traje de bodas y dijo “aquí estoy, ¡deseando ser lo mejor para ti, siempre!”. Y eso a veces parece poca cosa, porque lo oculta la falta de afecto, de detalles.

Cabe señalar que la persona, además, es circunstanciada. El psiquiatra Aquilino Polaino habla de tener en cuenta el ambiente socio-cultural-religioso. Es importante comprender, valorar y respetar lo que rodea al cónyuge, su familia, su ciudad, su procedencia, sus raíces culturales, sus creencias, su circunstancialidad. Recordemos con Ortega que “yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (Ortega y Gasset, 1970, p. 30). No basta con tener un mundo, es necesario compartirlo y que sea aceptado y admirado. Porque también de algún modo nos constituye, cuando aparecen la descalificación, la crítica, la no aceptación, esto necesariamente lesiona a la persona y su comportamiento se ve afectado.

Gustave Thibon habla de otro punto fundamental en el matrimonio: la amistad. Los matrimonios que desde el noviazgo han logrado un buen nivel de amistad o que han llegado a la pasión después de la amistad suelen ser más estables, más serenos. En ella hay dos elementos fundamentales: la preocupación por el otro y la ternura. La amistad verdadera busca siempre el bien del otro, hace surgir gran cantidad de sentimientos amorosos, como la ternura, el cuidado, la comprensión, la preocupación, la compañía en los buenos y en los malos momentos; todo ello ha de ser parte de la vida matrimonial. Afirmar Thibon:

“
El amor
conlleva
el pacto
de
construir
juntos
por
amor
”

La amistad [...] penetra el objeto amado, vive de su vida, se desposa con su alma. De este modo destruye la soledad interior que afecta a los seres unidos sólo por el instinto [...]. La amistad es, además, portadora de paz (1978, p.152).

Los amigos hacen cosas juntos, y con más razón si son cónyuges: desde asuntos a veces tan cotidianos como las compras, sobre todo de aquellas cosas que permiten crear el ambiente en el hogar, pasando por una lectura, una conferencia, las noticias, evitando que el periódico, la Internet o la televisión sean elementos de desunión; hasta tener ideales y amigos compartidos. Así como la pasión es la comunicación de los cuerpos, la amistad es la de las almas, ambas han de

hacerse presentes en la comunicación conyugal. Se dice que Nietzsche recomendaba a los hombres que antes de casarse se preguntaran: ¿podrás conversar con esta mujer todos los días de tu vida?

Dentro de los elementos del amor, Thibon incluye el sacrificio, concepto al que en nuestros días suele oponerse como antítesis la frase “ámate a ti mismo”. Es pertinente distinguir el recto amor que busca el bien objetivo, que lleva a la plenitud del ser, del popular “ámate a ti mismo” entendido como “no te niegues ningún gusto”, “por qué debo ceder” o percepciones similares. En la vida conyugal necesariamente aparece el hecho de que los cónyuges quieran hacer cosas distintas, no compartan los mismos gustos o tengan diversidad de pareceres. Lo ideal sería que nunca apareciera la contradicción, pero eso solo existe en la utopía del romance, del cuento de hadas que termina con el vals de la boda. La vida cotidiana exige el sacrificio. Hasta en el recto amor a sí mismo: por ejemplo en el cuidado de la salud, a cuántos tratamientos haría desagradables o dolorosos nos hemos de someter para restablecerla; de este modo queda claro que se doblega el gusto por un bien mayor, en ese caso la salud.

Detrás de la renuncia por amor no hay masoquismo, sino la capacidad de escoger bienes mayores, tales como la unión, la felicidad, la fidelidad, el bien de la prole. Cuando una

“
La vida
cotidiana
exige
el sacrificio.
Hasta en el
recto amor
a sí
mismo...
”

madre le dice que no al sueño para quedarse al lado de la cama de un hijo enfermo se está sacrificando, pero de una manera gozosa, porque le está diciendo sí a la vida del hijo, y por eso vale la pena pasar una y mil noches en blanco si fueran necesarias. El sacrificio matrimonial no consiste en una negación patológica, sino en invertir en algo mayor, es un sacrificio constructivo. La mayoría de las veces aparece en pequeñas cosas, la alegría de una sonrisa, de un rato de compañía, de escucha atenta. Dice Thibon “que todos los desastres, todas las miserias del matrimonio proceden del olvido de esta necesidad. Yo no concibo un matrimonio feliz sin sacrificio mutuo” (1978, p.158).

Finalmente, Thibon señala la oración como otro componente del amor conyugal. Según él,

Ningún orto amor, sin embargo, impregna más fuerte y totalmente al hombre que el amor de los sexos, incluso en el orden del espíritu y de la personalidad. Nada entre las cosas creadas [...] envuelve mayor exigencia de absoluto y de eternidad que esta pasión (1978, p.169).

Si los fines del matrimonio son el bien de los cónyuges, la procreación, y la educación de los hijos, no tendría mucho sentido que se excluyera el bien mayor, descubrir su destino y prepararse para el encuentro con la eternidad. “El milagro



del amor humano consiste en trasmutar la sexualidad, fuerza radicalmente centrífuga y extraña a los destinos profundos del alma, en aliento de la vida interior” (1978, p.169). Los creyentes no pueden relegar al olvido el hecho de haber puesto a Dios por testigo y haber recibido un sacramento que da las gracias sobrenaturales específicas para sacar adelante ese matrimonio. Sabemos que la gracia de Dios hay que pedirla y actualizarla, por eso la oración es tan importante. Allí se pueden ver los asuntos desde una perspectiva mayor, para poder trascender las fatigas y cansancios que a veces nublan la relación.

4. Amor conyugal: entre el romanticismo y la cotidianidad

4.1. Enamoramiento

Es necesario hacer énfasis en que la vida matrimonial difiere del noviazgo, como difiere la preparación para la vida profesional del trabajo mismo. Aunque es sabido, cabe recordar el hecho de que aquellos cuentos de hadas en los que hay princesas rosadas y príncipes azules terminan el día de la boda. Creo que esa imaginiería ha creado en muchas personas la idea de que el matrimonio es como una prolongación del noviazgo, de las ilusiones, del romanticismo, que ese vals con que terminan las películas será eterno. Algo de eso se debe conservar, llevándolo a la vida real, donde esas ilusiones y sueños se deben ir convirtiendo en realidades. No creo que haya que hacer un gran análisis para intentar entender por qué el mundo de la ilusión, de los planes, del romanticismo a ultranza parecería no resistir la vida matrimonial, la cotidianidad. Se presenta el paso de ser hijos y novios a ser cónyuges y padres. De esta manera tienen lugar cambios en los roles, las prioridades y responsabilidades. Tiene lugar un modo nuevo de vivir la libertad, ya no es uno solo con sus planes y gustos, con su propia familia, hay que ir generando un nuevo hogar con lo que soy, con lo que fui, mucho de lo cual habrá que dejar, y con lo que quiero ser en ámbitos laborales, sociales, con lo que el cónyuge es y, sobre todo, en esta nueva “unidad de dos”, la “unidualidad” de la que hablara Karol Wojtyła en la “Carta a las Mujeres” (Nº. 8).

Nos corresponde ahora focalizar el amor matrimonial, asomarnos a la dinámica del amor, al hecho mismo de que los cónyuges están abiertos a adquirir perfecciones, porque no son perfectos, viven imbuidos en las vicisitudes de una vida cambiante, por sus circunstancias externas y también por las internas de cada uno.

Arriba decíamos que el amor hace sentir al enamorado de tal manera ilusionado, feliz, que anhela estar *para siempre* junto al amado, unidos, deseando que esa felicidad que encuentra al amar y que le produce el amado sea eterna. David Isaacs afirma que ya el enamorado no concibe la vida sin el amado (1986, p.157). Al respecto dice Enrique Rojas:

Mi búsqueda llega por fin a su destino final: el encuentro amplio y variado con la persona a la que amo. Este es el punto al que quería llegar. Enamorarse es encontrarse a uno mismo en otra persona. Verse por fuera reflejado y encarnado en alguien concreto que ahora se vuelve singular y aparece con fuerza delante de mí, de mi camino, en mi trayectoria vital (1992, p.64).

A partir de ese momento, la propia vida tiene sentido en, con y por el amado. Lo que ahora nos interesa, más que la duración del noviazgo, es el hecho de que se casaron en la etapa del enamoramiento. Al quedar la atención centrada exclusivamente en el amado es muy difícil ver otras cosas, se pierde libertad, se está fijado, en el otro, encantado. De ahí que sea necesario volver a ensanchar el horizonte vital e ir llenándolo de los proyectos y de realizaciones en los que tengan lugar la cotidianidad, el trabajo, las demás relaciones humanas, la propia fe, en fin, el resto de aspectos de la vida, actual y futura, con las vicisitudes desconocidas que llegarán.



Resulta especialmente doloroso pensar que, en un país como Colombia, la misma ley que dice proteger a la familia, y que la consagra como la célula fundamental de la sociedad, se contemple también, entre las causales de divorcio, “toda enfermedad o anomalía grave e incurable, física o psíquica, de uno de los cónyuges, que ponga en peligro la salud mental o física del otro cónyuge e imposibilite la comunidad matrimonial” (Código Civil Colombiano, 1992, Art. 154 # 6).

4.2. Proyecto

Podríamos pensar en la vida matrimonial como en una travesía en un gran velero, que zarpa entre alborozos y esperanzas, en un día soleado, con buen viento y un par de tripulantes dispuestos a llegar a puerto. Tienen claridad inicial sobre el puerto al que quieren llegar, juntos, y mucho entusiasmo. Por la travesía, encontrarán personas maravillosas, algunas de las cuales harán también del barco su propio hogar —los hijos— y verán paisajes hermosos, puertos soñados, encontrarán sol, lluvia, vientos de popa, y en ocasiones también calma chica, tormentas, puertos menos agradables... En muchas ocasiones, no habrá más remedio que anclar y bajar las velas, en otras, habrá que remar duro para seguir la travesía y siempre habrá que cuidar la tripulación y confirmar el camino.

Se dice que cuando José Martí consideró que había llegado la hora de contraer matrimonio, se fue a la Misa dominguera y pasó revista a las jóvenes que allí había, escogió una, que estaba bajo su hermosa mantilla, a la salida se acercó a la dama y le dijo: “yo soy José Martí y quiero que entablemos una amistad con fines matrimoniales”. La chica se quedó sorprendida, “¿pero cómo, si usted a mí no me quiere?”. “No, es que yo no me voy a casar con usted porque la quiero sino para quererla”. No creo que este sea hoy en día un buen método para

elegir esposa, pero en fin, los poetas se pueden permitir todas las licencias poéticas del caso, para eso son lo que son. Sin embargo, considero interesante la anécdota porque se refiere al hecho de casarse *para* algo. Lo habitual hoy es contraer matrimonio porque se tienen sentimientos amorosos, pero con esta anécdota se plantea otro ingrediente: el proyecto.

Cuando se va al matrimonio con un proyecto que se quiere sacar adelante unidos, con la firme intención de amar, de complacer, de compartir, de llegar juntos al puerto, dice Aaron Beck que se patentizan

“
En muchas
ocasiones,
no habrá
más remedio
que anclar y
bajar las velas
en otras,
habrá que
remar duro...
”

las fuerzas que deberían mantener unida a una pareja. Amar y ser amado están, por cierto, entre las experiencias más ricas que pueden tener las personas. Agreguemos a éstas los otros productos colaterales de la relación: intimidad, compañerismo, aceptación, apoyo, por mencionar sólo unos pocos. Tenemos a alguien que nos consuela cuando estamos afligidos, que nos alienta cuando estamos desanimados y que comparte nuestras emociones cuando ocurren cosas buenas. Y está por añadidura la gratificación sexual que proporciona la naturaleza como aliciente especial para la pareja. Tampoco se puede subestimar la satisfacción de tener hijos y construir juntos una familia (1998, p.15).

Si la persona ama con la totalidad de su ser, mantener ese amor requiere de acciones amorosas que lo alimenten, tales como comprender, acompañar, pensar en lo que el cónyuge necesita para colaborarle, a veces haciendo cosas por él, otras permitiendo que haga aquello que necesite o que acuda a las ayudas y asesorías pertinentes. Otras veces convendrá conocer aquello que le gusta para halagarlo, comprender y disculpar las dificultades y errores —siempre y cuando estas no pongan en peligro la integridad personal o conyugal—. Esto iría en la línea del dar, pero también hay que cuidar la línea del recibir: apreciar lo que se da y comunicarlo, pedir lo que se necesita en todos los ámbitos, y no estar siempre esperando a ser adivinados, saber adelantarse, escuchar, apreciar, comprender.

Esto requiere una actitud de apertura hacia el otro, que se nutre en los detalles y acciones de la vida cotidiana. En este sentido señala Rojas:

El amor conyugal requiere voluntad. Si bien no se produce así en el enamoramiento ni en los primeros momentos compartidos, es más adelante cuando aparece con toda claridad la necesidad y la importancia de hacer entrar en juego esta herramienta psicológica. ¿Por qué? Porque su presencia afirma y refuerza ese amor a través de una conquista diaria, tenaz, perseverante, llena de audacia. Hay que cultivar el amor día a día; si no, se evapora, se enfría, se pierde. El amor conyugal, como proyecto de vida en común, necesita de la voluntad. Voluntad supone querer, insistir, poner los medios adecuados para conseguir algo y superar dificultades de dentro y de fuera (1992, pp.111-112).



Creo que ese es el compromiso matrimonial: ser capaz de tomar la propia vida, una vida que imagino, que anticipo, que sueño, pero que no sé cómo será, y entregarla al amado con la firme voluntad de ser y hacer lo mejor para él. ¿Puede haber una acción más grande de amor que entregar la propia vida, las actitudes, los deseos y propósitos de hacer feliz al amado? Pero la intención no basta, habrá que llenarla de pequeñas y constantes acciones que confirmen y acrecienten el amor. Qué miope se puede ser cuando, en vez de cuidar ese proyecto, lo enreda un interminable memorial de agravios que se trae a colación con motivo o sin él, de forma lacerante, vengativa, sin ánimo de encontrar soluciones, de pasar la página, de perdonar.

Esto implica descubrir al amado más allá del romanticismo y la pasión. Es importante ir conociéndose mutuamente. Para esto es conveniente tener en cuenta que: 1) la persona posee una riqueza tal que no basta una vida para conocerla; 2) como la vida es dinámica, lo habitual es que uno vaya también cambiando y pasando por diversas circunstancias que le van dando nuevas características; 3) la vida matrimonial también tiene sus edades, no es lo mismo un matrimonio joven, en etapa de ajuste a la vida matrimonial,

que una pareja con hijos pequeños o una con chicos adolescentes u otra que inicia o termina su etapa de crianza y se encuentra en situación de “nido vacío”. Tampoco se reacciona igual en épocas de bonanza —económica, afectiva, de salud— que en épocas de pobreza, en momentos de cansancio o de euforia o de agotamiento, etc.

Es normal que en ese largo trasegar los esposos vayan haciendo acopio de buenos y malos momentos, de alegrías y dolores, de situaciones más o menos complejas, que exijan una juventud de espíritu que les permita aprender a adaptarse a los cambios. La llama de la pasión, que se suele presentar como un fuego abrasador en la juventud, ha de transformarse en brasas que otorguen calidez y luz, que iluminen y mantengan vivo el amor. Cuando ese fuego devorador no se transforma, se corre el grave riesgo de consumir al amado. Por el contrario, cuando el amor se ha ido transformando en vida cotidiana, cuando las rutinas se han convertido en deseadas costumbres, en detalles continuos de cuidado y de cariño, las brasas siguen ahí, calentando, iluminando y, con nuevos vientos, también se encienden en pasión y romance.

El amor transforma la realidad pasada y presente al otorgarle nuevos sentidos, pero sobre todo ilumina el futuro. Seres futurizos, orientados vital y existencialmente hacia delante, y el pasado gravita sobre el presente en forma de experiencia acumulada. Si ese presente y ese pasado se viven sin una clara dirección, corremos el riesgo de que se vuelvan fardos imposibles de cargar. Ante el pasado debemos reconocer la experiencia acumulada, su deber y su haber para poder construir futuro con ese legado. Ortega señalaba que nuestra vida está hecha con la trama de nuestros sueños!

4.3. Fidelidad

Para terminar, y por considerarla absolutamente central para la vida conyugal, conviene destacar la fidelidad. Fidelidad a sí mismo, al cónyuge, a los hijos, a Dios. En palabras del doctor Rojas:

Comprometerse a amar a alguien es reservarle su vida afectiva. No hay amor auténtico si no existe un compromiso voluntario mediante el cual uno se hace cargo de cuidar y atender a la persona amada. El vínculo es lazo necesario de ese amor. Dar su palabra y ofrecerse. El amor es brindarse, invitar a proyectarse juntos, ofrecer lo que se es y lo que se tiene. El amor exige la libertad del amado, de ahí que revele un conflicto de la libertad (1992, p.121).



La libertad es capaz de asumir un compromiso de vida, como lo es el matrimonial, capaz de romper el egocentrismo y de comprender que la vida matrimonial es un compromiso gozoso y esforzado, que convoca a la totalidad de cada esposo para llevar juntos la nave a puerto.

La felicidad conyugal no es cuestión de momentos o de romance, aunque mejor si los hay, sino de una férrea voluntad que busca el bien del amado a través de acciones que mantendrán vivo el afecto, las buenas disposiciones. El amor matrimonial es por su naturaleza recíproco y permanente. Yo me pregunto, ¿podrá haber felicidad fuera de la cotidianidad? ¿Será viable una relación que solo se nutre de momentos mágicos y olvida el servicio, el cuidado cotidiano, opaco, que permite el encuentro y el crecimiento de los esposos y de su familia? Se

requiere mirar juntos en la misma dirección, el gran proyecto será cuidar la propia relación con vistas al bien de los hijos, y comprobar que el camino emprendido y recorrido lleve realmente a la felicidad conyugal y familiar, que los proyectos individuales no los alejen del camino o, peor, los lleven a bajarse del barco y cancelar la travesía. Si esto fuera así, entonces, al descubrirlo, los esposos deberían estar dispuestos a rectificar el rumbo, a dejar lo que estorbe y a incorporar lo que falte.

Por esto, es necesario que los esposos también conozcan aquellos rasgos de su personalidad o de su quehacer que pueden obstaculizar el buen desarrollo de la relación, para mejorarlos, por amor, no como una imposición externa que me quita libertad, ¡si ya la entregamos a un camino común!



4.4. Desavenencias

Como no se trata de ser angelicales, en esa vida cotidiana también aparecen las desavenencias. Conviene entonces señalar algunos factores que pueden agravar el conflicto porque suscitan reacciones negativas. Tomaré algunos de los que señala Aaron Beck (1998):

- Promesas quebrantadas o pactos hechos a veces desde el noviazgo que, al no cumplirse, ocasionan gran decepción y desconfianza.
- Falsas expectativas: Usualmente los contrayentes tienen expectativas sobre la relación que no es posible mantener en la vida cotidiana o que se descuidan por no cuidar los detalles de cariño y comunicación que mantienen vivo el amor y las ilusiones.
- Miedos ocultos: Las parejas tienden a fijarse en lo que está mal en sus matrimonios y a no querer ver lo que está bien. Al dudar de que la situación pueda mejorar, se cae en un fatalismo sobre la relación. Este a veces se incrementa y toma la forma de pensamientos catastróficos, que solo ven desastres futuros, más sufrimientos, repetición de los comportamientos dolorosos, cerrándose así aún más el horizonte.
- Significados simbólicos: La tendencia natural a interpretar las palabras y comportamientos desde un código personal que en la mayoría de los casos no coincide con el del otro. Resulta conveniente preguntar y parafrasear lo dicho o sucedido para estar seguros de lo que pasó o se entendió y llegar a acuerdos que mejoren los conflictos.

- Detectar “pensamientos automáticos” que nos llevan a interpretar toda situación desagradable o no esperada, como una agresión personal intencionada que desencadena la ira. Beck recomienda preguntarse a sí mismo cuáles son los hechos que desencadenaron esos pensamientos negativos, si hubiera otras posibles interpretaciones, si la interpretación dada se desprende de los hechos o de recuerdos y temores pasados.
- Evitar el pensamiento absoluto: todo o nada, blanco o negro. Admitir que existen matices, grados de agresión o de olvido o de muchos otros factores que pueden gravitar en una acción.

Beck nos invita a

distinguir la verdad, mi apreciación de la verdad, los hechos y las intenciones. Es lamentable que en relaciones estrechas, en las que el pensamiento claro y la corrección de nuestros errores son de particular importancia, fallamos sobre todo en reconocer y rectificar los juicios erróneos que nos formamos acerca de nuestra pareja. Además, aunque las parejas piensen que hablan el mismo lenguaje, lo que dicen y lo que sus compañeros oyen suelen ser cosas muy diferentes (1998, p.13).

Para concluir, podemos afirmar que amar es aceptar, aprobar, no entender la vida sin el amado. Pero si ese amor se descuida, pierde el rumbo, ocasionará muchos sufrimientos y en no pocos casos se truncará el proyecto conyugal. Por ello es importante buscar los medios oportunos para corregir el rumbo si se hubiera desviado, cuidarse mutuamente un día y otro, de manera que al final de la existencia lleguen, unidos, al puerto.

Referencias

- Aristóteles. (1985). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Beck, A. T. (1990). *Con el amor no basta*. Barcelona: Paidós.
- Isaacs, D. (1986). *Dinámica de la comunicación en el matrimonio*. Pamplona: EUNSA.
- Lewis, C. S. (2001). *Los cuatro amores*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Marías, J. (1960). *Obras completas, V*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1973). *Antropología metafísica*. Madrid: Revista de Occidente.
- Marías, J. (1982). *La mujer en el siglo xx*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- Marías, J. (1994). *Mapa del mundo personal*. Madrid: Alianza.
- Ortega y Gasset, J. (1969). *Estudios sobre amor*. Madrid: Revista de Occidente.
- Ortega y Gasset, J. (1970). *Meditaciones del Quijote*. Madrid: Revista de Occidente.
- Pieper, J. (1972). *El amor*. Madrid: Rialp.
- Polaino, A. (1980). *Los cuatro puntos cardinales de la sexualidad humana*. http://www.researchgate.net/publication/41959813_Los_cuatro_puntos_cardinales_de_la_sexualidad_humana_Recurso_electrnico__Aquilino_Polaino-Lorente.
- República de Colombia. (1992). *Código de Derecho Civil Colombiano, Art. 145, Numeral 6, Ley 25 de 1992*. Bogotá: República de Colombia.
- Rojas, E. (1992). *Remedios para el desamor*. Madrid: Temas de Hoy.
- Thibon, G. (1978). *Sobre el amor humano*. Madrid: Rialp.

